LA BIBLIOTECA ES LA CIUDAD: LECTURA COLECTIVA Y DEMOCRATIZACIÓN PARA EL OBRERO INDUSTRIAL EN LA CATALUÑA DEL SIGLO DIECINUEVE

Aurélie Vialette
Ohio State University

El siglo XIX se asocia a menudo con el proceso de democratización de la lectura. El desarrollo de la cultura impresa, la eclosión de la prensa y el acceso a lo libros cambió drásticamente la relación de los ciudadanos con la cultura en su totalidad. Según José Ortega y Gasset "se siente la necesidad … de fomentar la lectura, la de buscar lectores" (37). Ortega y Gasset no dice por qué se "siente" esta necesidad, pero en su *Misión del bibliotecario*, parece justificarla al afirmar que el libro está en el origen de la sociedad democrática (39).[1]

Sin embargo, la propia idea de democratización parece problemática. Muchos estudiosos de la cultura impresa usan la idea de democratización para interpretar los resultados de iniciativas puestas en marcha por intelectuales burgueses del siglo XIX dirigidas a la clase obrera. Montserrat Comas i Güell, por ejemplo, subraya la importancia de la ubicación de la lectura y explica que su democratización se debe en parte al cambio de lugar de esta actividad, de la esfera privada a una esfera pública de carácter colectivo.

Leer en la esfera pública podía abrir la puerta, pues, a la comunicación y al debate (Comas i Güell 13). Para ello, los Centros de lectura y las bibliotecas populares en Cataluña, objeto de estudio de este artículo, permitían formar una comunidad cultural.[2] Se tra-

[1] "La sociedad democrática es hija del libro" (Ortega y Gasset 39).

[2] "El liberalismo y la progresiva tendencia hacia la democratización resaltarán el papel de la biblioteca pública como centro donde toda la población se podía informar y formar" (García López 11).

taba de un espacio urbano rigurosamente nuevo para la creación de un nuevo hábito consistente en la lectura, y dirigido a una clase social emergente, la clase obrera. Este nuevo hábito tan relacionado con la prensa –"lo que con preferencia de leía en los gabinetes de lectura y bibliotecas de casinos, sociedades instructivas, ateneos, círculos culturales, etc., eran las publicaciones periódicas" (Viñao 646) –constituye así, también, una redefinición del ritmo del tiempo para esta clase emergente.

¿Pero qué queremos decir cuando empleamos la expresión "democratizar la lectura"? ¿Aceptamos, con esta expresión, la existencia de una horizontalidad social que creemos portadora de un acceso a la cultura igualitario para todos? ¿Es este acceso abierto a la lectura (o, más bien, la sensación de un acceso abierto a todos) lo que pensamos que puede permitir borrar las diferencias socio-económicas y políticas en nuestras sociedades, en particular cuando se trata de la clase obrera? ¿Es el acceso a los libros y a la lectura lo que da pie a la emancipación cultural de los obreros?

En este artículo argumentaré que lo que llamamos democratización a través de la lectura es una fabricación socio-cultural. Mostraré que la creación de espacios específicos para la lectura colectiva y para el aprendizaje se fundamenta en una ficción socio-política que establece una analogía entre biblioteca y ciudad y entre lectores y ciudadanos. Esta es una de las ficciones fundamentales de la sociedad letrada y de una democratización cultural que implica, de este modo, un espacio de pacificación a través del intercambio cultural aparentemente horizontal. Por medio del establecimiento de espacios urbanos para la lectura colectiva y el aprendizaje de la lectura se construye una ficción sobre la democracia que, a su vez, da vida a la construcción de una sociedad democratizada.

Partiré del análisis de la formación de centros de lectura y bibliotecas para obreros en Cataluña, así como de las lecturas colectivas que tenían lugar en estos centros. Mi objeto de estudio principal será el Centro de lectura de Reus, aunque resaltaré la importancia de otros establecimientos como la Biblioteca Popular pera la Dona y la biblioteca Arús, ambas ubicadas en Barcelona. Estos nuevos espacios urbanos participan a un proceso cultural que Rita Felski ha calificado de "enabling fiction," es decir, espacios que permiten generar sentimientos de colectividad y de solidaridad (Felski, "Feminism" 45): "The ideal of a free discursive space that equalizes all participants is an enabling fiction which engenders a sense of collective identity but is

achieved only by obscuring actual material inequalities and political antagonisms among its participants" (Felski, "Beyond Feminism" 168).

Felski ilumina un aspecto importante del proceso de establecimientos de espacios –discursivos y físicos –para la construcción de comunidades: en principio estos espacios borran las diferencias sociales al presentar un grupo homogéneo, con intereses comunes (en su caso una comunidad femenina, en el caso estudiado aquí, una comunidad obrera), pero este proceso homogeneizador implica borrar y no solucionar las diferencias intrínsecas que existen entre los individuos que forman parte del grupo. Esta situación, en palabras de Felski, crea una ficción, ya que hace entrar a los ciudadanos en unos espacios y mecanismos que reflejan un estado social deseado más que vivido.

¿Cuál es el propósito que esta ficción sirve para la construcción de una sociedad democratizada? Me propongo explicar el modo en que la idea de democratización aparece vinculada a la creación de espacios para la lectura en la esfera pública, con qué estrategias se mantiene y qué elementos se establecen para que el ciudadano crea en esta ficción. El argumento más usado para mantener esta ficción de la democratización es que cuántos más libros y más información se vuelven accesibles, más democrática es una sociedad. Subrayaré que esta ficción se mantiene viva gracias al establecimiento de actores, operaciones, discursos y otros elementos que crean un escenario y una escenografía para que la sociedad pueda admirar el resultado. Teatralidad y drama están en el centro de la democratización de la cultura y hacen del espacio urbano un componente crucial de esta ficción.

Un elemento importante de esta asociación entre lectura y democratización es la relación entre tiempo y espacio. Las lecturas colectivas y la construcción de bibliotecas y centros de lectura en el siglo XIX eran una forma de organizar tanto el tiempo como el espacio del trabajador. Organizaban el tiempo porque constituían una actividad después del trabajo y porque ocupaban el tiempo libre del trabajador en su vida privada. Organizaban el espacio porque ocupaban un nuevo espacio urbano, que hasta ese momento no había estado en uso, y lo ponían a disposición de un grupo. Los Centros de lectura eran un espacio que servía muchos propósitos: biblioteca popular, centro para la enseñanza de la lectura y escritura, para la música y para la reunión de usuarios en torno a actividades culturales en general. Las actividades eran varias: tertulias, conferencias, clases de instrucción diversa, lecturas (Anguera *El Centre de Lectura* 13). El Centro de lectura de

Reus es "resultado de las tertulias llevadas a cabo por sectores de la menestralía ciudadana con inquietudes culturales y una afición común y cohesionadora por la lectura" (Corretger 40). Según Xavier Ferré Trill, los fondos de la biblioteca de este Centro de lectura tenían que representar "el 'món' que la creava. I aquest món era definit per una voluntat de reforma política basada en l'ideal de la fraternitat social" (20). La idea detrás de la fundación del Centro era el progreso para todas las clases sociales y la regeneración social, en particular la de la clase obrera (Ferré Trill 20). Los fundadores, intelectuales burgueses pertenecientes o simpatizantes del movimiento republicano federal, veían en este proceso de emancipación del sujeto obrero la apertura hacia una sociedad más democrática. Se intentaba, según Agnés Toda i Bonet, "que fos un centre totalmente obert i tolerant a les diverses ideologies" (11). Así también lo veían las autoridades de la época, según se infiere de las palabras publicadas por el corregidor Ramón Fernández Zanderas el 27 de enero de 1864:

> Es una sociedad en la que dominan y se fomentan las ideas democráticas ... Allí se tratan continuamente entre socios cuestiones políticas y se defienden principios más peligrosos ... Casi todas las representaciones que en sentido democrático se han suscrito en esta ciudad, han sido firmadas de mesa en mesa en el café establecido en aquella sociedad; y finalmente se tiene un particular emperío en que figuren siempre en la junta directiva principales gefes [sic] del partido democrático y especialmente el presidente que es el médico D. Tomas Lletget ... Con la presidencia del Centro de Lectura imprime en éI el color de sus ideas, y siguen ciegamente su voz y su deseo tres o cuatro cientos trabajadores fabriles que son el núcleo de aquella sociedad en la que construyen majoria [sic]. (Vernet Borràs 19)

El comentario de Fernández Zanderas permite entender cómo se inscribía el proyecto del Centro de lectura en la ciudad: una inscripción que estaba fuertemente marcada por su uso y ocupación colectiva de los espacios (el café del Centro), las tomas de decisiones colectivas de los intelectuales dirigentes y la adhesión de una parte importante de la clase obrera de la ciudad. Estos elementos estaban en la base de la formación de la sociedad que constituía el Centro de lectura. De hecho, el impulsor del Centro, Josep Güell i Mercader era militante republicano federalista, y defensor de las antiguas libertades catalanas (Anguera "Eduard Toda i Poblet" 16). El Centro tenía como

objetivo organizar la vida diaria del obrero después del trabajo, ofrecer un espacio claramente marcado por el orden y la calma que suponen el estudio y la lectura. En este espacio el trabajador podía dedicarse a actividades que le transformaban en un ciudadano obrero, formado en disciplinas útiles para "els interessos industrials de la ciutat" (Ferré Trill 21), un obrero que no estaría preocupado por organizarse socialmente con sus compañeros en la esfera pública y poner en marcha procesos revolucionarios. Puede decirse, con palabras de Guy Debord, que este proyecto constituía una colonización de la vida diaria. Por tanto, no sorprende que Pere Cavallé, presidente del Centro de 1915 a 1922, afirmara "El Centre de Lectura és la ciutat mateixa." Para Cavallé el Centro es como la propia *polis* (ciudad) para su *demos* (pueblo) específico. El Centro de lectura es así espacio urbano ideal y entidad política necesarios para el proceso de democratización, una ciudad ideal para formar al ciudadano moderno. Es, en el sentido más exacto de la palabra, una verdadera sociedad.

La fundación de un Centro de lectura como el de Reus creaba un espacio en el cual se re-ensamblaba lo social, tal y como Bruno Latour lo ha definido, puesto que asociaba diversos colectivos con el fin de formar una comunidad lectora. Pero esta producción social, este re-ensamblaje, estaba muy bien organizado y controlado desde el principio por los constructores de la comunidad y del espacio asociado a ella. La red lectora se producía a partir de la elección de un espacio nuevo, dedicado enteramente desde el principio a las clases populares, y en el que se depositaba todo lo que se creía necesario para el estudio y la lectura de estas clases. Este principio constructivo es un elemento fundamental de este re-ensamblaje de lo social.

De este modo, los fondos de los centros se construían desde cero, y no se usaba para ninguno de ellos un fondo previamente existente o que hubiera servido para otro propósito u otro establecimiento. El fondo del Centro de lectura de Reus se formó primero con donaciones de libros y periódicos, con la compra de libros y la suscripción de revistas y semanarios, así como con el intercambio de publicaciones periódicas con otros centros. La Junta directiva estaba a cargo de la compra de libros.

Otro ejemplo notable un poco posterior es el caso de la Biblioteca Popular pera la Dona, fundada por Francesca Bonnemaison en 1909, la primera de este género en Europa (Cabó i Cardona 66). La correspondencia de Bonnemaison, conservada en esa misma biblioteca en su forma manuscrita, muestra los esfuerzos que hacía la directora para obtener libros: escri-

bía a intelectuales, personalidades, burgueses, directoras y directores de centros religiosos o culturales, con el fin de que donaran libros. En su correspondencia, figura una nota escrita a Carmen Karr en mayo de 1909 con este propósito. Una carta de Bonnemaison a la Madre Superiora del Colegio del Sagrado Corazón (de Barcelona) fechada en mayo de 1909 explica que considera su iniciativa una "obra de cultura social": "Nuestro ideal seria [sic] llegar á [sic] tener inscritas todas las jovenes [sic] obreras que pudieran aprovecharles." Asimismo, una carta de Dolors Monserdà, sin fecha pero con referencia a las navidades y guardada en el sobre que contiene la correspondencia recibida de 1909, habla de "la hermosa y trascendental obra que porta entre mans" y le ofrece un volumen de poesías de la escritora María Josefa Massanés, pues, dice Monserdà, tiene dos ejemplares "y ab molt de gust n'hi enviaré un, segura que l'autora n'estaria molt satisfeta de tan valiós aculliment." No parece que Bonnemaison, en un principio, contara con una sustanciosa ayuda económica para poder comprar libros para la biblioteca.

La circulación y el acceso a los libros estaban sujetos a reglas definidas previamente, por la Junta directora en el caso del Centro de lectura de Reus (Ferré Trill 32). Conforme se iba estableciendo el Centro y adquiriendo el carácter de institución, se iba también convirtiendo la lectura en una práctica ubicada en un espacio institucional. No olvidemos que el Centro de lectura de Reus es de iniciativa privada: organizar espacios privados para la lectura y su aprendizaje para la clase obrera era una forma muy particular de plantear el debate democrático. El obrero, en tanto que ciudadano del centro, tenía adscrito un espacio y establecido un tiempo específicos para este debate.

El Centro de lectura puede ser considerado (y es generalmente considerado) un tipo de biblioteca popular. Sin embargo, resulta importante establecer la diferencia entre estos dos espacios. Las bibliotecas populares fueron creadas en enero de 1869 con el objetivo específico de ser un espacio pedagógico que complementaría el currículum de la educación primaria (Espinilla et al. 159). Consecuentemente, las bibliotecas populares estaban ligadas a las escuelas y los maestros eran responsables de los libros que se recibían del gobierno, que estaban en relación con el currículum. El 48% de estos libros tenían que ver con la lectura y la escritura, la geografía y la Historia, las matemáticas, la educación y la pedagogía, lo cual refleja las prioridades pedagógicas de las escuelas de la época (Espinilla et al. 162). Sin embargo, cualquier ciudadano podía acceder a las bibliotecas

"con el fin de crear hábitos de lectura y facilitar a esas gentes la toma de contacto directo con el libro. De este modo podrán tener un mejor conocimiento de su propia historia, pues no en vano, dispondrán, cercanas, de las mejores obras del pensamiento universal" (Espinilla Herrarte et al. 159). Las bibliotecas eran también el lugar donde se organizaban "veladas de lectura comentada" (Olmos 189).

La idea detrás de la existencia de los Centros de lectura era distinta. En realidad, el establecimiento de estos centros tenían como objetivo la creación de un nuevo tipo de ciudadano, que evolucionaba dentro de un espacio definido —en este sentido ponía en primer plano a este ciudadano y al *demos*, con el fin de mostrar cómo la democratización se ponía en marcha. Pero este posicionamiento, casi una puesta en escena, no significaba la existencia o la eficiencia de la democratización, era más bien una manera de facilitar ciertos textos (y no otros) a los ciudadanos ordinarios.

Jordi Monés i Pujol-Busquets afirma que el Centro de lectura de Reus era el más prestigioso de Cataluña en la segunda mitad del siglo XIX (120). Para este crítico, el Centro de lectura de Reus es el primer Ateneo creado en Cataluña. Explica que el Centro no incluyó "ateneo" en su nombre para evitar represalias. Sin embargo, el estudio de la formación del Centro y de sus documentos de archivo deja ver que su funcionamiento no era el de un ateneo –lo cual es fundamental para el argumento de este estudio. Los ateneos eran espacios en los cuales los trabajadores podía reunirse y participar a diversas actividades. Entre ellas, lecturas colectivas, pero también clases de educación industrial. Monés i Pujol-Busquets resalta que "Teniendo en cuenta la precariedad de recursos, la mayor parte de los ateneos que se fundaron, a partir de la fecha citada, con finalidades cooperativas y educativas, se limitarán primordialmente a otorgar una importancia especial a la enseñanza de la lectura, la escritura y las cuatro reglas" (113). No obstante, Monés i Pujol-Busquets apunta que, aunque ciertos centros obtenían la protección de filántropos y sociedades benefactoras, muchos ateneos estaban dirigidos por los trabajadores porque éstos consideraban que su emancipación tenía que estar controlada por ellos mismos y sin la colaboración de la burguesía (111). Los ateneos eran no sólo un espacio para la educación y la cultura sino también un medio para que los trabajadores se pudieran reunir, ya que antes de la revolución de 1868, el movimiento obrero tenía que operar en la clandestinidad la mayoría del tiempo. Así que si bien es cierto que el ateneo y

el Centro de lectura comparten una base común, en particular el tipo de actividades (tertulias, conferencias, encuentros literarios y musicales por la noche, actividades corales) no es menos cierto que considerar que son un mismo tipo de establecimiento simplifica la realidad cultural de la época y, sobre todo, quita complejidad a las relaciones de poder y tensiones sociales que se materializaban por la práctica de esta misma cultura en el espacio urbano industrial. Los Centros de lectura estaba dirigidos por intelectuales reformistas, ningún nombre de obrero ni tampoco ninguna mención a una presencia obrera en la Junta de Gobierno se encuentra en el archivo del Centro de lectura de Reus, lo cual inscribe al Centro dentro de una dinámica que lo aleja de los ateneos o casinos. Este Centro se calificaba a sí mismo de "sociedad" no sólo porque era una denominación común en la época sino porque su organización y su misión eran la definición misma de lo que era una societas.

Sin embargo, el Centro de lectura de Reus tenía una relación estrecha con los ateneos de las ciudades vecinas, como se verifica en la correspondencia manuscrita del Centro. Por ejemplo, una carta del 17 de enero de 1879 menciona el Ateneo Igualadino de la clase obrera de Igualada y en una carta del 27 de enero de 1880, el Centro pide al Ateneo Tarraconense de la clase obrera de Tarragona una copia de su reglamento para tenerlo en la biblioteca, al mismo tiempo que manda una copia del reglamento del Centro. Esta práctica –luna forma de la *traditio legis* –permitía establecer no sólo una red social sino también lingüística. En las cartas, se resalta el hecho de que los ateneos vecinos se constituyen como "asociación" lo que también es el caso en los estatutos y el reglamento del Centro de lectura de Reus. Esta forma de *traditio legis* y la creación de redes sociales a través del intercambio de documentos legales se acerca a la idea de federación de "societates", es decir, puede ser considerada otra forma más de ensamblaje de lo social.

Analizar el archivo del Centro de lectura de Reus es como mirar por una ventana abierta a las relaciones socio-culturales entre intelectuales burgueses reformistas y clase obrera. Este archivo está compuesto por documentos manuscritos (reglamentos, correspondencias, memorias, libros de cuentas, etc), por el periódicos publicado por el Centro mismo (*El Eco del Centro de Lectura*) y por los libros que catalogan el fondo bibliotecario. El artículo 1 de 1859 del reglamento –el primero, ya que el Centro fue creado ese mismo año –estipula que el primer objetivo del Centro es "gozar del ameno trato de las personas que lo compo-

nen, y la lectura de los libros y periódicos que no estén prohibidos por la ley" mientras que el artículo 7 acuerda que cualquiera "cual fuere a posición social que ocupe" puede ser socio del centro. Lo interesante de ver es cómo se constituyó la biblioteca del Centro. El capítulo 5 del reglamento ("De la biblioteca") establece, en su artículo 51, que los libros y los periódicos se compran por la Junta de Gobierno pero que, en sus artículo 43 a 46, los fondos de la biblioteca también contendrán libros y periódicos pertenecientes a sus miembros. La correspondencia del Centro deja entrever que muchas figuras públicas regalaban libros. Por ejemplo, una carta mandada el 15 de abril de 1880 cuenta que Víctor Balaguer mandó una cierta cantidad de libros para la biblioteca.

En el siglo XIX, la lectura y la circulación de textos –física y oralmente –creaban una tensión en la esfera pública. Esta tensión se debía al deseo de dar acceso a la cultura impresa a los trabajadores y, al mismo tiempo, a una necesidad de adscribir espacios bien definidos para esta práctica. Además, conviene apuntar que este movimiento hacia una apertura y un acceso más fácil a los libros no significaba que los trabajadores pudieran tener una entrada libre o ilimitada a la cultura impresa, o que pudieran leer cualquier publicación de su elección. Al contrario, los fondos y las lecturas estaban cuidadosamente organizados por quien estaba a cargo de cada Centro. Ferré Trill nos informa del poder que tenían tanto el bibliotecario como la Junta de Gobierno en la elección y compra de volúmenes en el Centro de lectura de Reus: eran ellos los que decidían qué libros se iban a aceptar para formar parte del fondo bibliotecario y qué libros se comprarían con los fondos monetarios del Centro (Ferré Trill 24). Asimismo, los documentos de archivo manuscritos conservados en el Centro dejan ver las transacciones bibliotecarias así como las actas de reuniones de la Junta durante las cuales se tomaban decisiones con respecto a la formación de los fondos de la biblioteca. Es importante enfatizar que quienes permitían a los obreros acceder a los textos eran también los que controlaban qué textos se ponían a su disposición. Resulta llamativo que entre las obras no catalogadas (448 volúmenes en total) se encuentre *Les Mystères de Paris* de Eugène Sue, una obra cuya lectura ha sido considerada fundamental en la revolución de 1848 en Francia y clave para el desarrollo de una conciencia social. Este libro, que tuvo una influencia notable en el desarrollo de la novela por entregas española ya que después de su publicación aparecieron todo tipo de "Misterios" a lo largo y ancho del territorio, fue donado al

Centro pero no formó parte de la lista de libros que se pusieron a disposición del lector, ni en el gabinete de lectura, ni en el servicio de préstamos. Por tanto, en esta ficción de una sociedad democrática que es la ciudad de la biblioteca, no se ponen en juego todos los materiales disponibles puesto que algunos de ellos quedan fuera del "censo de los ciudadanos" al no ser catalogados. El catálogo es, a fin de cuentas, la relación de todos los cuerpos de libros que forman parte de una biblioteca. Pero algunos de esos habitantes no forman parte del catálogo: ciertas obras para una teorización política, textos teóricos que pertenecen al propio universo de la teoría sobre la democracia, como lo son el *Contrato Social* de Jean Jacques Rousseau –otra obra no catalogada –o *Les Mystères de Paris* de Eugène Sue. Consecuentemente, la compra, elección y catalogación de las obras era un proceso que, si bien permitía abrir fondos bibliográficos al público, también dirigía e imponía una limitación ideológica y cultural a este acceso a la cultura impresa.[3]

Las lecturas colectivas eran una práctica común en esa época, tanto en las ciudades como en el campo. El analfabetismo era alto en España y el acceso a la cultura impresa para la clase obrera era diversa, una de ellas siendo la posibilidad de asistir a lecturas colectivas, conferencias y actividades relacionadas con los libros, tanto en Centros de lectura como en las parroquias, en los talleres y las fábricas, en eventos sociales de barrios o incluso entre vecinos. Es un error considerar que el índice del analfabetismo indica el acceso que la gente tenía a los textos —la lectura privada en absoluto era la única manera de entrar en el mundo de la cultura impresa.[4]

Gómez Hernández da cuenta de la creación de biblioteca populares en España, desde el siglo XVIII hasta la guerra civil (1936-39) y menciona la existencia de lecturas colectivas como una manera de interactuar y debatir en un espacio dado:

> La lectura podía darse a través de la consulta en el local de la biblioteca, en las horas señaladas, para la asistencia del maestro, a domicilio o a través de lecturas 'populares' para aquellos que no estuvieran alfabetizados. El que se señale

[3] Miguel A. Olmos estudió el proceso general de alfabetización en el siglo XIX y mostró que "la extensión de la alfabetización … es un instrumento de integración, pero sobre todo de control" (186).

[4] En 1860, la tasa de analfabetismo en España era del 80% (Gómez Hernández 56, 79) y a principios del siglo XX del 56,2% (Piñol Alabart 115). En 1887, la población analfabeta de Reus era del 70,5 % (118).

> esta última posibilidad pretendía hacer de la biblioteca popular un lugar de encuentro, reunión, lectura común y conversación, y a través de ellos suscitar la curiosidad e interés cultural, y refleja la realidad de las dificultades lectoras de la población rural, en el entorno de una cultura todavía predominantemente oral. (74)

Además, el número de libros publicados tampoco ayuda a concretar la difusión exacta de los textos, tal y como Olmos afirma: "estas cifras [del mercado del libro] son sólo orientativas del consumo literario real, puesto que número de tiradas no indica ni implica número de lecturas: se sabe que en el XIX, muchas lecturas colectivas en fábricas y oficinas –no restringidas a literatura de entretenimiento –se hacían en alta voz" (187). Los trabajadores industriales, especialmente en Cataluña, estaban interesados en la lectura (Gómez Hernández 79). La lectura en voz alta era una práctica común a lo largo y ancho del mundo, especialmente en el mundo del trabajo. Lily Litvak afirma que en Cuba, esta actividad tenía un impacto directo en las asociaciones y organizaciones obreras así como en la promoción de la prensa. De hecho, las lecturas colectivas ayudaban a crear una conciencia de clase y a diseminar el conocimiento. Litvak revela las distintas etapas históricas de este proceso para explicar cómo la lectura en voz alta en las industrias tabaqueras se volvió práctica común en el siglo XIX en Cuba, e insiste en que la idea era "implantar la lectura en los talleres de tabaquería, pues [Saturnino Martínez] consideraba que esa actividad contribuiría a la unión y a elevar el nivel moral e intelectual de los tabacaleros." Por otro lado, nota que la actividad era percibida como amenaza por los patronos, que pensaban que la lectura colectiva podía llevar a una organización política de los trabajadores. Esto desencadenó un movimiento de censura y de prohibición en 1866.[5]

El trabajo de Araceli Tinajero sobre este tema es revelador. En *El lector: a History of the Cigar Factory Reader*, Tinajero desarrolla la importancia que la lectura en voz alta tenía para los trabajadores tabaqueros en el siglo XIX, tanto en la península ibérica como en El Caribe y el Sur de Estados Unidos. Uno de

[5] La investigación de Litvak acerca de los títulos de los libros que fueron leídos en voz alta permite entender el interés que tenían los trabajadores acerca de textos concretos: Litvak explica que leían historias de la Revolución Francesa y novelas por entregas "que planteaban problemas sentimentales unidos a cuestionamientos sociales" (por ejemplo la novela de Ayguals de Izco, *María, la hija de un jornalero*).

sus capítulos se concentra en Galicia y las fábricas de tabaco, y analiza el modo en que la propia literatura se enfrenta a la lectura en voz alta, ofreciendo una interpretación de *La Tribuna* de Emilia Pardo Bazán. Tinajero explica, a través de un análisis de documentos y hechos históricos, el impacto que las lecturas políticas tenían en las trabajadoras de la industria de tabaco, especialmente los discursos de los políticos de la época, publicados en la prensa para ser leídos en voz alta y no de manera privada (50). La lectora en *La Tribuna*, una trabajadora de la fábrica, se transforma en el portavoz de las cigarreras:

> Reading political newspapers transforms La Tribuna and turns her into a speechmaker and avid defender of the Republic … The influence the reading has on her causes La Tribuna to begin to interrupt what she is reading to make speeches. Suddenly, the readings are intermingled with rebellious oratory and political speechmaking … The political arguments generated by the reading and speeches become noisy in the factory, and the reading begins to be viewed as a threat that must be controlled … The reading of political texts definitively represented a threat to factory management … The most serious incident of all is a description of how Amparo and other cigar workers are punished: they are all fired. Suddenly, reading aloud becomes a crime as serious as stealing cigars or Carmen's attacking her coworker: it is a subversive act. (52-55)

El análisis de Tinajero ilumina la compleja relación entre lectura y comportamiento social. Leer en voz alta era una práctica que permitía que los analfabetos accedieran a textos políticos y compartieran ideas lo cual podía dar pie a una organización social y al desarrollo de una conciencia democrática. Como consecuencia, la práctica de la lectura colectiva podía constituir una amenaza para la clase dirigente. Manuel Jorba i Jorba resalta que las clases dirigentes españolas veían en la lectura una vía para diseminar el conocimiento y que, por tanto, podía constituir un peligro para la armonía social (Jorba 8). Leer se asociaba con emancipación, lo cual tenía un doble impacto. Podía, por un lado, permitir que la nación creciera, se expandiera, podía erradicar la ignorancia pero por otro, podía crear una conciencia política y tener cierta influencia social, moral y política en la clase obrera: "Ya en la segunda mitad del XIX, la extensión de la letra, idea obsesiva en los medios más liberales por el retraso económico y la decadencia cultural del país, fue vista como obje-

tivo político y social primario; pero también, inversamente, como un peligroso germen de problemas de orden moral" (Olmos 187).

Resulta evidente que, en todo este proceso, la mediación del lector era crucial, y así lo explica Jean François Botrel, "la idea de la mediación de un lector y de la voz en la relación construida con el texto puede influir sobre su interpretación" ("Teoría y práctica de la lectura" 578). Tanta resulta ser esta influencia que, insiste Botrel, muchos estaban preocupados por el desarrollo de la lectura y de sus prácticas a causa de la emergencia de la clase obrera en la esfera pública (583). El problema era que los obreros pudieran desarrollar su conciencia de ciudadano y participar en el debate democrático en la esfera pública. Por tanto, en 1844, el gobernador de Barcelona prohibió la lectura en voz alta en las fábricas y los talleres (583). Es importante resaltar el aspecto de sociabilidad y comunicación en la lectura en voz alta. Josep Güell i Mercader, uno de los fundadores del Centro de lectura de Reus, explica que, antes de la fundación del Centro en 1859, ciertos republicanos y menestrales se reunían en el Cafè de la Mùsica y leían los diarios en voz alta: "Los llegiam en veu alta [els diaris *La Discusión* i *El Pueblo*] com sols pero nosaltres, però ab la intenció de que se'ns acostessin aquells obrers que jugavan y bromejavan en las taulas vehinas" (Ferré Trill 19).

El artículo 48 del reglamento de 1859 del Centro es quizá el más interesante porque prohibe la lectura en voz alta en la biblioteca misma: "No se permitirá leer en alta voz, ni menos hacer ruido alguna que pueda molestar la atención del que esté leendo [sic]." De hecho, el Reglamento de la biblioteca Arús también llegó a prohibir la lectura en voz alta en la salón de lectura principal.[6] Estas informaciones nos dan una entrada a las prácticas de lectura de esa época. Lo que nos dice el artículo 48 es que leer en voz alta era una práctica tan arraigada que tenía que estar regulada y asignada a espacios y tiempos específicos. El Centro, nos dice Xavier Ferré Trill, tenía la lectura como parte integrante de las actividades culturales como las "sesiones de Debates y lectura en alta voz" cada primer domingo de marzo a partir de 1865 (21). Había, por tanto, una clara separación en el espacio público entre silencio, lectura privada y lectura colectiva en voz

[6] La biblioteca pública Arús fue la primera biblioteca pública de la ciudad de Barcelona, puesta en funcionamiento por Valentí Almirall por deseo del propio Rossend Arús i Arderiu después de su muerte. Para obtener una historia detallada de la biblioteca Arús ver Galofré (1989) y Mut Calafell (1980).

alta, espacios que definían asimismo el tiempo asignado a la comunicación colectiva y al debate. Asimismo, el espacio para la lectura de la prensa y el espacio para la lectura de libros estaban claramente delimitados y no podían confundirse. De este modo se estaba concretizando el proceso de pacificación a través de la práctica cultural de la lectura y de la asignación de espacios definidos para la conversión del obrero en ciudadano ideal de la ciudad democrática.

La lectura privada, en esa época, era un elemento de distinción de clase. Chartier subraya que esta distinción producía un "écart culturel" y que se percibía a través de la posesión de libros (146). Chartier explica también que la lectura es una práctica basada en gestos, espacios y en costumbres, que pone en juego el cuerpo y que lo inscribe en un espacio en el cual se relaciona con los demás (*Culture écrite* 135-139). Insiste en la importancia que tiene la lectura en voz alta:

> La lecture à haute voix, dans sa double fonction: communiquer l'écrit à ceux qui ne savent pas le déchiffrer, mais aussi cimenter des formes de sociabilité emboîtées qui sont autant de figures du privé ... Comprendre la spécificité de ce rapport à l'écrit suppose donc de ne pas considérer que toute lecture est forcément individuelle, solitaire et silencieuse mais, tout au contraire, de marquer l'importance et la diversité d'une pratique largement perdue: la lecture à haute voix. (*Culture écrite* 139-149)

Lo que subraya Chartier es que el texto no existe sin la materialidad que supone el espacio en el cual se lee. La interpretación de este texto se hace posible en función del tipo de lector y del espacio en el que se encuentra. Para él, la lectura no puede desvincularse de la estructura física del libro y, como subraya Jesús A. Martínez, resulta fundamental considerar la "bibliografía material": cómo, dónde, cuándo y qué se lee, así como quién lee (288-291).

Es por esta razón por la cual conviene dar importancia a los centros privados como lugares que no sólo posibilitan el acceso a los libros y a su lectura para el obrero, sino también como espacios que controlan la construcción del *demos* al desplazar e institucionalizar las prácticas de lectura para los colectivos. Chartier explica que esta práctica de la lectura aseguraba una "circulación más allá de los "lectores." No olvidemos que la lectura en voz alta era, sin duda, movilizada de una manera muy importante por los sacerdotes y los predicadores ("La sociedad

liberal" 286). Por tanto, los lugares asignados para la lectura en voz alta eran estratégicos para la formación ciudadana y el adoctrinamiento político. Como lo indica Güell i Mercader (1840-1905, periodista, político afiliado al Partido Republicano) la lectura de la prensa en voz alta se hacía con la esperanza de que los obreros pudieran interesarse por ella e integrar alguna de las informaciones leídas. Por tanto, en este proceso, la elección de los periódicos y las obras era un punto de inflexión. Asimismo, en una época en la cual se empezaban a formar asociaciones obreras en las cuales figuraban líderes cuyo objetivo era animar a los grupos a la acción social por medio de sus discursos, la reunión de trabajadores en centros de lectura para escuchar una lectura colectiva ofrece un modelo alternativo de unión de grupos: una unión basada en un proyecto ilustrado, el de educar al grupo por la lectura, que se puede interpretar como un intento por conducir a los trabajadores en un camino ideológico carente de acción revolucionaria. Se animaba al trabajador a cambiar su condición por medio del estudio y no por medio de la reivindicación social. Y el guía que se ponía a disposición del obrero era un ilustrado, con fuertes tendencia filantrópicas y compromiso social, más que un líder estrictamente político.

OBRAS CITADAS

ANGUERA, Pere. “Eduard Toda i Poblet, al segle XIX.” Annuari Verdaguer 13 (2005): 11-21.

—-. *El Centre de Lectura de Reus: una institució ciutadana*. Barcelona: Edicions 62, 1977.

Biblioteca Arús. “Reglamento interior aprobado en la sesión del 30 de diciembre de 1895.” 1895. MS. Biblioteca Pública Arús, Barcelona.

BONNEMAISON, Francesca. Mayo 1909. “Carta a Carmen Karr.” MS. Biblioteca Popular pera la Dona, Barcelona.

—-. “Carta a laMadre Superiora del Colegio del Sagrado Corazón de Barcelona.” Mayo 1909. MS. Biblioteca Popular pera la Dona, Barcelona.

BOTREL, Jean-François. “La construcción de una nueva cultura del libro y del impreso en el siglo XIX”. *Orígenes culturales de la sociedad liberal (España siglo XIX)*. Ed. Jesús A. Martínez Martín. Madrid: Biblioteca Nueva, 2003, 19–36.

—-. “Teoría y práctica de la lectura en el siglo XIX : el arte de leer.” *Bulletin Hispanique* 100.2 (1998): 577-90.

CABÓ I CARDONA, Anna. “Biblioteca Popular Francesca Bonnemaison, 1909-1995: història i ús actual.” *Item* 17 (1995): 66-73.

CHARTIER, Roger. *Culture écrite et société: l’ordre des livres (XIVe-XVIIIe siècle)*. Paris: Albin Michel, 1996.

—-. “La sociedad liberal: rupturas y herencias.” Orígenes culturales de la sociedad liberal (España siglo XIX). Ed. Jesús A. Martínez. Madrid: Editorial Nueva, 2003. 273-86.

Centro de lectura. “carta del 17 de enero de 1879.” Copiados de comunicaciones, 1868 a 1888. MS. Centro de lectura de Reus.

—-. “carta del 27 de enero de 1880.” Copiados de comunicaciones, 1868 a 1888. MS. Centro de lectura de Reus.

—-. “carta del 28 de diciembre de 1881.” Copiados de comunicaciones, 1868 a 1888. MS. Centro de lectura de Reus.

—-. “Reglamento vigente del Centro de Lectura.” 9 junio 1859. MS. . Centro de lectura de Reus.

COMAS I GÜELL, Montserrat. *Lectura i biblioteques populars a Catalunya (1793-1914)*. Barcelona: Publicacions de l’Abadia de Montserrat, 2001.

CORRETGER, Montserrat. “El Centro de lectura de Reus.” [s.l]: Instituciones, 40-43. Red. 14 abril 2008.

ESPINILLA HERRARTE, María Lourdes, Miguel A. DE LA FUENTE GONZÁLEZ y José Luis GONZÁLEZ SÁNCHEZ. "La bibliotecas populares: Una ambiciosa iniciativa cultural de la I República." *Tabanque* 17 (2003): 157-74.

FELSKI, Rita. "Feminism, Postmodernism, and the Critique of Modernity." Cultural Critique 13 (1989): 33-56.

—-. *Beyond Feminist Aesthetics: Feminist Literature and Social Change*. Cambridge: Harvard UP, 1989.

FERRÉ TRILL, Xavier. "La biblioteca del Centro de Lectura de Reus." *Llum entre ombres: 6 biblioteques singulars a la Catalunya contemporània*. Vilanova i la Geltrú: Organisme Autònom de Patrimoni Víctor Balaguer, 2011.

GALOFRÉ I ILLAMOLA-SIMAL, Jordi. *Rossend Arús i Arderiu: (1845-1891)*. 1. ed. Barcelona: Ajuntament de Barcelona, 1989.

GARCÍA LÓPEZ, Genaro Luis. "Evolución histórica de los conceptos de biblioteca pública, sistema de bibliotecas y política Bibliotecaria." *Revista Códice* 3.1 (2007): 9-20.

GÓMEZ HERNÁNDEZ, José A. "La preocupación por la lectura pública en España: las bibliotecas "populares". *De las Cortes de Cádiz al plan de bibliotecas de María Moliner*. Revista General de Información y Documentación. Vol 3 (2). 55-95. Madrid: Complutense, 1993.

JORBA I JORBA, Manuel. "Prólogo." Comas i Güell, Montserrat. *Lectura i biblioteques populars a Catalunya (1793-1914)*. Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2001. 7–9.

LATOUR, Bruno. *Reassembling the Social. An Introduction to Actor-Network-Theory*. New York: Oxford UP, 2005.

LITVAK, Lily. "Cultura obrera en Cuba. La lectura colectiva en los talleres de tabaquería." Red. 20 Mayo 2013. <http://fal.cnt.es/sites/all/documentos/bicel/Bicel13/18.htm>.

MAEZTU, Ramiro de. *Artículos desconocidos*. Madrid: Castalia. 1977.

MARTÍNEZ, Jesús A. "Historia de la cultura e historia de la lectura en la historiografía." *Ayer* 52 (2003): 283-294. Red. 1 septiembre 2013.

MONÉS I PUJOL-BUSQUETS, Jordi. "Los ateneos obreros y la formación profesional en Cataluña." *CEE Participación Educativa* (2010): 108-126. Red. 1 septiembre 2013.

MONSERDÀ, Dolors. "Carta a Francesca Bonnemaison." [1909?]. MS. Biblioteca Popular pera la Dona, Barcelona.

MUT CALAFELL, Antonio. *Biblioteca pública Arús, de Barcelona*. Madrid: Boletín de la ANABAD, 30.4 (1980): 521-43.

OLMOS, Miguel A. "Sobre lectores 'populares' y lectura común en España (1870-1936)." *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica* 22 (2004): 183-99.

ORTEGA Y GASSET, José. *Misión del bibliotecario*. México: Cámara de diputados, Comité de Biblioteca e Informática, 1997.

PIÑOL ALABART, Daniel. "Alfabetització, cultura escrita i classes populars a l'època contemporània." *Butlletí de la Societat Catalana d'Estudis Històrics* XVI (2005): 113-132.

SUE, Eugène. *Les Mystères de Paris*. París: C. Gosselin, 1844.

TODA I BONET, Agnès. "El Centre de Lectura: una entitat històrica i consolidada." *Revista del Centre de Lectura de Reus* 5. 4 (2002): 11-14.

VERNET BORRÁS, Joan. "El Centre de Lectura, reducte d'idees liberals en els seus inicis." *Revista del Centro de Lectura de Reus* 4 (Gener 1994): 19. Red. 1 julio 2013.

VIÑAO, Antonio. "La lectura, del aprendizaje a las prácticas". Infantes, Víctor, François López y Jean-François Botrel, eds. *Historia de la edición y de la lectura en España, 1472-1914*. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 2003, 642–49.